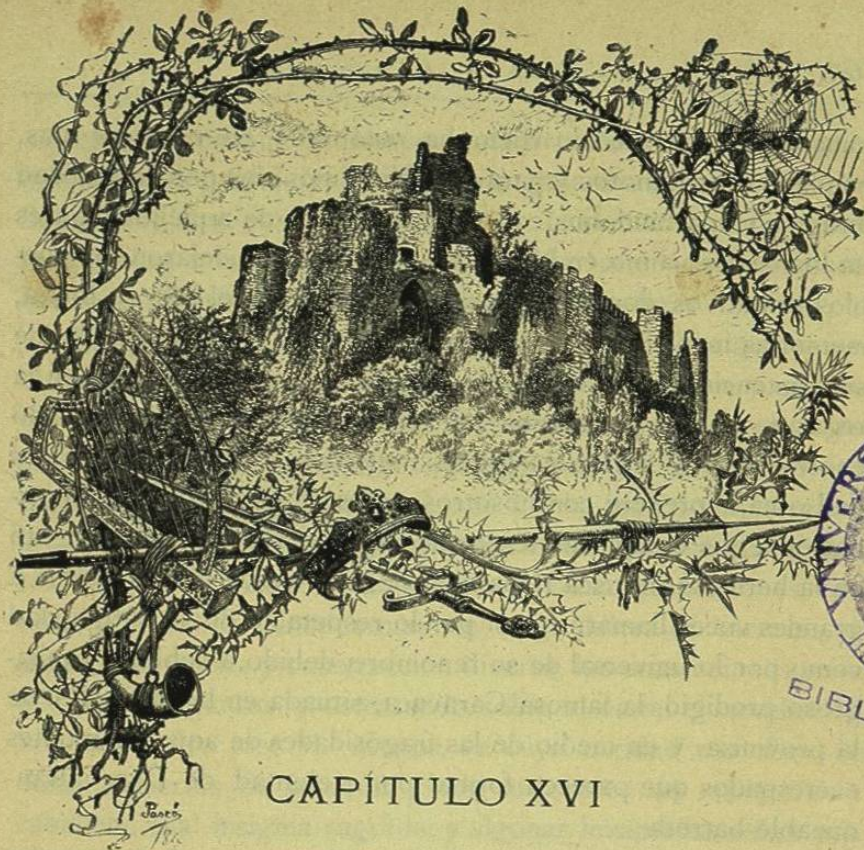


BIBLIOTECA



BIBLIOTECA

CAPÍTULO XVI

De Murcia á Caravaca — Mula — Bullas — Cehegín — Caravaca — Sus memorias — La Aparición — Sidi Abú-Zeyd — La Santa Cruz — La supuesta Casulla de Chirinos — Memorias históricas de Cehegín — Las ruinas de Bigastro

DEJANDO, lector, á la insigne Cartagena caminar con paso veloz y sin desmayos por las vías de su regeneración y de su prosperidad futuras, que se cifran no sólo en aquel puerto privilegiado,

á cuyo claro y singular renombre
se postran cuantos puertos el mar baña,
descubre el sol, y ha navegado el hombre,

según la hiperbólica frase de Cervantes (1), sino en la industria

(1) *Viaje al Parnaso*, cap. I.

minera que tan crecido vuelo ha recobrado en nuestros días, emulando los remotos y para ella felicísimos tiempos de la Edad antigua, y apartándonos con verdadera pena de aquellos lugares en los cuales, como en Mazarrón y en Águilas, dejaron los pueblos primitivos, dominadores de esta comarca del SE. de Iberia, memorias más abundantes aunque no menos ocultas por ello, de su existencia y de su señorío,—bien que sin detenernos en la regalada Murcia podríamos por el camino de hierro, y dando enorme vuelta, visitar sin graves molestias la importante ciudad de Lorca,—prefiere con nosotros, antes de proseguir la peregrinación á que complaciente nos acompaña, reposar un momento en la hermosa morisca reina del Segura, desde donde parece á grandes voces llamarnos, así por lo respetable de su antigüedad como por lo universal de su renombre, debido á sublime y milagroso prodigio, la famosa Caravaca, situada en la parte NO. de la provincia, y en medio de las fragosidades de aquellos montes encrespados que parecen formar por voluntad de Dios infranqueable barrera.

Cierto es que, si prefiriendo la vía férrea, y apartándonos en Alcantarilla de la línea de Murcia á Águilas, sólo construída y en explotación hasta Lorca, subiésemos hasta Calasparra, el camino habría de resultar más breve; pero en cambio, lo que en monotonía velocidad, lector, ganásemos, lo perderíamos en deleite, á pesar de todas las molestias que el viaje ofrece en las catorce leguas de carretera que, tomando la de Granada, separan á Murcia de la histórica ciudad cuya visita en esta forma te proponemos. Ven, pues, y, haciendo acopio de paciencia, toma con nosotros asiento en uno de aquellos coches que el ferrocarril ha sentenciado á muerte, y que, después de haber recorrido orgullosos de sí mismos las principales carreteras de España reemplazando el sosegado andar de las galeras ya felizmente olvidadas, han quedado ó como viejos armatostes abandonados en algún corral, donde con sus acolchados almohadones sirven de guarida y refugio á las gallinas, que entre el pelote de los

asientos depositan los huevos, ó reformados por manos poco industriosas, perdida ya su orgullosa gallardía de otros tiempos, humillados ante el vapor triunfante, se contentan con aproximar los pueblos á las estaciones, ó con rodar aún entre asordante estrépito de cristales y ferretería por las carreteras.

La que partiendo de Murcia para Alcantarilla sigue brioso el coche por medio de la huerta, paseo es agradable y risueño, que amenizan con sus hojosas ramas hermosos y corpulentos árboles, formando espesa bóveda que sólo halla término á la entrada de aquel pueblecillo. Á uno y otro lado de la carretera, igual y bien sentada, y apareciendo á intervalos, aunque frecuentes, irregulares, entre verdegueantes y lozanas plantaciones, tiéndese el lugar de Nonduermas en larga hilera de barracas, de distintos modelos y construcción diversa, las unas con sus terrados planos, blancas, y ostentando sobre el dintel el nombre allí bendito de don José M.^a Muñoz, de cuya caridad son obra: las otras, cubiertas de albardín y con sus cruces de madera en el caballete, cual insignia sagrada, y algunas levantadas sobre pilares de ladrillo, estrechas, y como apercebidas y dispuestas á resistir el impulso de las aguas desbordadas, tan crueles en aquel lugar el año de 1879. El cuadro es pintoresco y deleitable, y mucho más aún, cuando, caminando en sentido paralelo la vía férrea y la carretera, se compara la velocidad mecánica de la locomotora con el galope de las seis caballerías que bracean al compás de sus cascabeles, y arrastran entre constante nube de polvo el descuadernado vehículo.

Desde Alcantarilla, sigue éste la carretera de Granada; y, subiendo siempre, aunque con varias alternativas, luego de pasar delante del establecimiento termal de los baños de Mula, que queda á la derecha con sus aguas ferruginoso-ácido-salinas, de las informes ruinas en que aparece á la izquierda el que fué castillo de la Puebla de Mula, y de la misma Puebla al lado opuesto,—sobre la cima de enhiesta montaña, coronando sus crestas de riscoso granito, y recreándose en la contemplación de la po-

pulosa villa (1) agrupada á sus plantas, y en la del panorama que domina,—con sus dos rojizas y cuadradas torres y los restos de otras á la espalda, á poco más de seis leguas de la capital dibuja su romántica silueta sobre el azul tranquilo y transparente del horizonte el castillo de Mula, evocando en la memoria del viajero recuerdos de pasadas edades, de gentes y de sucesos que yacen hacinados y confundidos en la sima insondable de los tiempos.... Aquel castillo, robusto, fuerte y almenado en otros días, cuya torre principal del homenaje aún permanece enhiesta como desafiando las edades, y cuyos cimientos quieren algunos sean «notorias y evidentes reminiscencias del colosal esfuerzo de los poderes romano y árabe,»—donado por don Juan II al Adelantado Alonso Yáñez Fajardo en 1430 con el señorío nominal de Mula, fué como casi todos los del antiguo reino murciano reconstruido en los días de Carlos de Gante por don Pedro Fajardo, primer Marqués de los Vélez.

Figura esta villa en el último Censo con 10,600 habitantes; y aunque no conserva monumentos ya que excedan de la XVII.^a centuria, no falta quien pretenda señalar como restos de las dos mezquitas consagradas á San Miguel por don Alfonso el Sabio, así la torre de la iglesia del Carmen, cual la parroquial de Santo Domingo (2). Si ha de darse crédito á los escritores locales,—y prescindiendo de los residuos arqueológicos que son con frecuencia descubiertos según se afirma en *Villaricos*, donde Lozano situó la población de *Balkur*,—fué Mula «cimentada por los griegos Zazing que vinieron á España de la isla de Zante, dominándola Sículo 1,300 años antes de la Encarnación del Verbo, y le pusieron por nombre *Salonac*;» mas «destruída Troya se amplió este pueblo con la venida de muchos griegos, por ser de

(1) «La Villa de Mula es fuerte e muy bien cercada, tiene vn gentil Alcaçar fuerte e muy bien torreado: es rica de grandes labranças e ganados.» «Y tiene de todos frutos, tiene buenos montes e grandes términos: tiene buenas aguas e es finalmente abastada de todas las cosas» (*Chrón. del rey don Jaime*, cap. XXXVIII, fol. XX vto.).

(2) ACERO, *Hist. de la M. N. y L. Villa de Mula*, págs. 9 y 11.

una misma nación, y mantuvo dicho nombre hasta que vinieron los Romanos, que se lo mudaron en el de *Lavinia*, fundada por Eneas en memoria de su mujer, llamada Lavinia» (1). El moderno historiador de Mula estima no obstante verosímil «la conjetura de que debió [esta villa] su fundación á los fenicios con el nombre de *Abula*,» el cual «es de origen siriaco y púnico», significando «lo mismo que feraz», razón por la cual es de creer, conforme dicho escritor asienta, «que los moros la llamasen *Maúla la rica*, siendo de notar la perfecta asonancia de los términos *Abula* y *Maúla*» (2).

Otro escritor afirma que «luego que entraron los moros en España y ganaron este pueblo, le mudaron el nombre y le pusieron el que hoy tiene de Mula, porque este nombre en arábigo quiere decir *señora de muchos lugares*, como es así, pues tiene en su jurisdicción á Campos, Albudeite, La Puebla, y Pliego, y Bullas» (3); y mientras sosteniendo su criterio tratan de demostrar todos la justicia ó la verdad de los supuestos aducidos,—la tradición viene asegurando por su parte, que habiendo resistido en 1243 entregarse á don Alfonso las poblaciones de Mula, Lorca y Cartagena, «el año siguiente volvió dicho señor Infante con nuevo ejército á la conquista de estos tres pueblos, siendo éste el primero que le puso sitio, y pasados algunos días envió sus mensajeros á Alboazen Boely, alcaide que era de la fortaleza de esta villa, para que se rindiese y entregase á su voluntad, y sinó lo haría á fuerza de armas, á cuya embajada respondió el dicho alcaide con mucha arrogancia, que de voluntad no quería, y que si con armas la había de ganar *sería cuando la mula pariese*»... (4).

(1) *Breve noticia de la fundación, conquista y población de la villa de Mula... etc.*, por don Ascensio de Morales, ms. inédito del siglo xviii, pub. por el Sr. Baquero Almansa en el *Semanario Murciano*, núm.º 139, correspondiente al 10 de Octubre de 1880. Don Ascensio Morales tomó ésta como la mayor parte de sus noticias, de la *Escritura de fundación*, que inserta el Sr. Acero en los *Apéndices* de su obra, y que nos parece documento no merecedor de crédito ni de respeto alguno.

(2) ACERO, *Op. cit.*, págs. 91 á 93.

(3) MORALES, Ms. cit. del *Sem. Murciano*.

(4) MORALES, Ms. cit.

El aspecto de la población es agradable, y todo en ella parece revelar con efecto antigüedad originaria, cuya memoria se ha perdido, sin que exista documento ni monumento alguno por los cuales sea para nosotros cumplidero el aceptar las gallardías y las estériles lucubraciones de los que suponen allí la colonia zacyntia de *Salonac*, las de los que la juzgan fundación fenicia con el nombre de *Abula*, y las hábiles combinaciones de quien conjetura que el actual nombre de *Mula* es corrupción de *Abula*: el origen de esta villa, puede y debe estimarse, lector, á nuestro juicio, todavía como no determinado, según ocurre en orden al apellido que ostenta; pues si es de admitir la afirmación del docto Anticuario de la Real Academia de la Historia, para quien la *Mula* que consta en el tratado de Abd-ul-Aziz ben Muza y Teodomiro, no es sino la antigua *Molibdana* (Μολυβδανα),— resulta de cierto que aquel nombre arábigo de la población actual perseveró según los geógrafos arábigos en ella, sin que pretendamos nosotros resolver punto tan dificultoso como interesante, que dejamos íntegro á los investigadores locales, para que lo dilucidan y lo esclarezcan, huyendo de todo apasionamiento y de toda exageración, guías ambos hasta el presente en las particulares historias conocidas.

Como inacabable cinta, la carretera prosigue adelante en curvas mil que se deshacen al correr del coche, y que desaparecen detrás de los entrecortados cerros que bordean el camino, para aparecer de nuevo, llegando así á Bullas, cuyos edificios devuelven estremecidos y con extrañas sonoridades el ruido que produce el rodar del carruaje, pasando después delante de la africana Cehegín, que habremos de visitar luego, y continuando en dirección de aquella imponente cadena de negruzcas montañas que cierran eslabonadas de todos lados el horizonte, y sobre cuya oscura mancha destaca amarillento en una menor y más cercana altura el templo del castillo donde hubo de verificarse en Caravaca el milagro venerando del Aparecimiento. Allí, al pie de aquel peñasco, allí está la famosa é histórica ciudad, cuyo

caserío no se distingue entre las sombras que la envuelven toda: situada á la parte NO. de la provincia, y partiendo por consiguiente límites con las de Albacete, Jaén y Granada,—punto fronterizo fué por donde, durante los siglos XIII y XIV, con singular frecuencia penetraban en el territorio de Murcia las algaradas granadinas, produciendo con ellas graves daños y trastornos, sin que fuera poderoso á impedirlos muchas veces el fuerte y almenado castillo que, colocado en 1243 bajo la guarda del aragonés don Berenguer de Entenza y en 1244 bajo la del Maestre del Temple don Martín Martínez, se alza majestuoso como corona de la población y atalaya de todo el reino, en la parte más levantada de la misma.

Población de antiguo abolengo, enclavada en la región deitana entre las colonias helénicas de *Lacedemon* y *Asso*, no muy distantes de ella,—era por Claudio Tolomeo incluida no obstante en el número de las bastitanas mencionadas por este geógrafo, figurando bajo el nombre de *Carca* (Καρκα), al lado de *Pucialia* (Πουκιαλία, Pozo Rubio, cerca del Júcar), *Saltiga* (Σάλτιγα, Chinchilla), *Túrbula* (Τούρβουλα, Ontur), *Ségisa* (Σέγισα, Cieza), *Ilúnum* (Ἰλουνον, Hellín), *Arcilacis* (Ἀρχιλακίς, Archivel) y *Asso* (Ἄσσώ, Las Cuevas de los Negros, al S. de Caravaca y Cehegín, y sobre la margen derecha del río Quípar) (1). El lapso de los tiempos, las vicisitudes históricas y políticas, y las catástrofes de todo género que la han afligido, han borrado en esta población, como en casi todas las murcianas, las huellas de aquellos sus pobladores primitivos, á despecho de las hachas de piedra que con facilidad aparecen en sus inmediaciones, como han borrado á la par y sucesivamente las reliquias de la dominación romana, de la visigoda y de la musulmánica, no pareciendo sino que con feroz empeño unos pueblos y aun unas generaciones en pos de otras,

(1) FERNÁNDEZ-GUERRA (D. A.), *La Deitania y su cátedra episcopal de Begastri*, citando á Tolomeo, *Narrac. geográf.*, II, 6, tab. 2 (*Boletín de la Soc. Geográfica de Madrid*, t. VI, págs. 144 y 164). Beuter afirmaba en 1545 con error que *Carca* ó *Carceso* es la actual Cazorla.

han destruído de propósito las memorias de las que las precedieron, con el deseo de ahuyentar su sombra y su recuerdo.

No pretendas, lector, encontrar allí restos que exciten tu curiosidad y promuevan en tu ánimo melancólico deleite, como el que produce en otras poblaciones la contemplación de los legados que á la presente dejaron las edades, ya pasadas; pues sobre escasear «bastante los monumentos romanos», cual declara no sin cierto dejo de amargura el moderno historiador de esta ciudad (1), nada subsiste tampoco de los tiempos en que Caravaca alcanzaba singular consideración sin duda bajo el yugo de los musulmanes: nada de aquel histórico castillo, que debe su renombre y su fama á la aparición milagrosa de la Santa Cruz; ni el rastro más pequeño que pueda en realidad servir de guía á quien aspire, cual hemos aspirado nosotros, movidos por la gloria del Aparecimiento, á conocer de algún modo la representación obtenida por Caravaca en los días del Islám, tan injustamente juzgados por los escritores de la Edad Moderna, y á quilatar la época en la cual obtenía, probablemente bajo el gobierno de los almohades, y desde mediados de la XII.^a centuria, importancia acaso nunca antes por la antigua *Carca* conseguida, dada la reparable escasez de sus monumentos propios.

Impulsados por el pueril y disculpable anhelo de remontar la antigüedad de Caravaca á tiempos no del todo explorados,—ni vacilaron los escritores locales en afirmar, penetrando con singular intrepidez en el campo siempre arriesgado y difícil de las etimologías, fuente para ellos de verdadero conocimiento, «que Sabacio Saga hijo de Cam fundó á Caravaca, dándole el nombre de su padre (*Canaca*)», ni en asegurar sin recelo «que más tarde se llamó *Madrona*», cual sin sospecha de error proclaman que «por fin, un rey mahometano, habiendo corrido aquí una vaca hubo de exclamar: —*Caravaca* me será,—derivándose de ahí el nombre actual» de la población con no dudosa eviden-

(1) BAS Y MARTÍNEZ, *Hisl. de Caravaca*, pág. 15.

cia (1). Mas dejando aparte tales y tan sutiles lucubraciones con que pusieron á tormento la imaginación los escritores referidos, si pudo la colonia helénica de *Carca* gozar un tiempo de prestigio, teniendo en sus inmediaciones las de *Asso* y *Begastri*, no hubo sin duda alguna de acontecer lo propio en los posteriores y especialmente, cuando arruinada Cartagena y arrojados para siempre de España los griegos imperiales, era en los campos jerezanos deshecho el año 711 por Thariq-ben-Zeyyad el ejército con que el rey don Rodrigo trataba de oponerse y rechazar la invasión de los musulmanes. Mudos permanecen y en las entrañas de la tierra los testimonios que podrían en algún modo contribuir á la reintegración de la historia de Caravaca en los días de la dominación cartaginesa, de la romana y de la visigoda; y mientras su fortuito hallazgo no esclarezca las dudas invencibles que ocurren al intentar el estudio con que convida aquella antigua población, sólo es dado afirmar, con presencia de los documentos, que debía gozar y únicamente como punto limítrofe y fortificado, muy escasa importancia política y muy exigua representación en el ducado de Aurariola, á cuya jurisdicción incuestionablemente correspondía.

Quiéren algunos, dándole el nombre extraño de *Carietucat Todmir*, que Caravaca fuese en aquella ocasión solemne y triste de la invasión islamita, uno de los castillos ó fortalezas que para defensa del territorio se levantaban en el desigual distrito de Aurariola, no faltando quien lamentablemente confundido, y atribuyendo la victoria del Lago de la Janda á Abd-ul-Aziz-ben-Muza, cerca de dos años antes de que éste traspusiera el Estre-

(1) BAS, *Hisl. cit.*, pág. 14. Rechazando este escritor supuestos semejantes, escribe: «Diríase que acaso tengan alguna relación con el nombre de esta ciudad los de otras dos poblaciones de la época primitiva, inmediatas á Túnez. *Charax* (*Carax*) se llamaba la una: *Vacca* era el nombre de la segunda: y es muy digno de notarse que muy cerca de ellas se mostrase *Bulla*, de la misma suerte que Caravaca tiene en sus cercanías á la moderna Bullas.» «Esa coincidencia, por nadie observada,—añade,—bien puede constituir un dato interesante para el estudio de las antigüedades del país.»

cho gaditano á las órdenes de su padre (1),—suponga la última batalla librada entre los aterrados españoles y los vencedores africanos en «las llanuras de Lorca», donde derrotado el duque Teodomiro, «tuvo que ir... á refugiarse en la primera ciudad fortificada» que debió ser, como «la más inmediata al llano de Lorca, la más propicia al fugitivo Teodomiro, que tanto había procurado guarecerse en lugares montuosos», la misma Caravaca (2). Veinte meses, con efecto, en pos del desastre de Rodrigo, por sierras y despeñaderos permaneció el duque de Aurariola disputando palmo á palmo el terreno á los musulimes; veinte meses, durante los cuales, luchó sin desfallecimientos ni desmayos contra las hordas africanas invasoras de Tháriq, que habían señoreado á Elbira, y contra las huestes arábicas después, acaudilladas por el hijo de Muza-ben-Nossayr en 713, «replegándose hacia su... fortaleza ducal de *Aurariola*, Orihuela.» «Cerca de sus muros se ve,—dice un ilustre escritor contemporáneo,—en el trance de tener que aceptar una batalla á campo raso, y la pierde», obligado entonces á refugiarse presuroso en la ciudad con las reliquias de su despedazado ejército (3).

Puebla militar surgida al amparo del castillo, acaso después de los acontecimientos que agitan desde Leovigildo al Imperio visigodo, la antigua colonia helénica de Carca, á todas luces, como otras muchas poblaciones de aquel distrito, como la propia y soberbia *Carthago Spartaria* de tan subido renombre, carecía de significación en el doble concepto político y religioso, cuando en la capitulación en 5 de Abril de 713 suscrita por Abd-ul-Aziz ben-Muza, no se hacía mención de ella, bajo ninguno de ambos aspectos. Fiados en textos viciosos ó mal interpretados, llegan á sospechar con credulidad extrema los escritores locales, afirmándolo algunos de ellos, que Todmir es Caravaca

(1) BAS, *Hist. cit.*, pág. 16.

(2) *Id.*, *id.*, *id.*

(3) FERNÁNDEZ-GUERRA (D. A.), *La Deitania*, pág. 152 del tomo VI del *Bol. de la Soc. de Geografía de Madrid*.

y fué la capital de aquel reino tributario (1); mas no habremos de entrar en cuestión semejante, no ya sólo por no merecerlo, sino porque carece en absoluto de fundamento razonable y lógico, conocido cuanto dejamos ya consignado en lugar propio, y el hecho de que «en boca y pluma de los sarracenos», el duca-do, «con los siete condados y otras tantas villas episcopales de la Aurariola,... se dijo ya *Región de Teodomiro*, ó de *تدمير*, Todmir», desde el momento en que por la capitulación de 713 quedaba reconocida por los musulmanes la soberanía del antiguo y valeroso duque visigodo (2).

(1) Sin atreverse, entre grandes vacilaciones, á admitir ni á rechazar el supuesto, el Sr. Bas da de él noticia en su *Historia* mencionada, escribiendo: «Autores locales afirman que Caravaca no sólo estaba incluida en ese reino (el de Aurariola), sino que era su capital; citando en prueba de ello un texto del califa de Córdoba Abderramán II, que dice: «Y habitó Todmir la ciudad de su nombre en las inmediaciones de Seghin (*Cehegin*) al frente de Murcia, y es un castillo sobre el monte: y en este año edificó Seghin el Kelbi la ciudad de su nombre (*Cehegin*), y es ciudad colocada al frente de Todmir en lo alto del monte.» Por medio de nota, el moderno historiador caravaqueño expresa: «Desconocido el grado de asenso que merecen éste y otros relatos, no es posible decidir si Todmir equivale á Caravaca, ó más bien á Murcia, donde mapas y libros la colocan á veces», añadiendo, después de citar un texto del anónimo *Ajbar Machmuá* que declara ser Todmir propiamente Orihuela: «Si á pesar de esta afirmación es lícito sostener la hipótesis de que Todmir equivale á Caravaca, siendo ésta en tal caso la capital del reino mozárabe, no sería difícil encontrar al rededor de ella poblaciones que pueden señalarse tal vez con más justificación que las pretendidas Valencia y Aspis [en la capitulación de Teodomiro]; parece poco probable que Valencia fuese incluida en el tratado, hallándose tan distante, y no habiendo colocado á la vez á Játiva, más importante que la ciudad del Turia en los tiempos de que se trata.» «Si la principal norma para designar las poblaciones en cuestión es la eufonía,—prosigue con olvido de las postreras investigaciones,—muy bien puede llegarse á señalar como equivalentes á las siete indicadas en el tratado, y siguiendo el orden con que en él se enumeran, las siguientes: Orihuela, *Vélez* (Blanco ó Rubio), Alicante, Mula, Begastro, *Yeste* y Lorca; con esto,—expresa,—y á pesar de que el tratado no la nombra, Caravaca quedaría en el centro de la demarcación.» «Desde luego,—continúa,—en esta ciudad se conserva la tradición de haberse llamado Todmir: en el archivo parroquial hay,—dice,—un aria, hecha en 1792, que tiene esta letra: *Feliz Theodomira — dichosa ciudad....*» «Por lo demás, y aunque la cuestión queda intacta para quien pueda resolverla, podrá tener alguna significación para el caso la noticia de una moneda que un labriego descubrió en 1879 en esta huerta.» «El anverso tiene una cruz que toca en los bordes. El reverso tiene cuarteles: en uno de ellos se lee el número 4: otro dice *TAS*, otro, y es el más notable, lleva la cifra 764.» «¿Sería—pregunta,—acuñada en el reino de Todmir?» (págs. 17 y 18).

(2) FERNÁNDEZ-GUERRA, *La Deitania*, loco cit.—El Sr. Bas, ya mencionado,

Sometida Caravaca después de los días del Califa Abd-er-Rahmán I á la misma ley que el distrito entero de Todmir,—acaso, por lo agreste de su posición y por lo fortificado de su castillo, tomase participación en los acontecimientos que, con peligro de la artificial unidad de los Meruanes, enturbian y amenazan bajo el gobierno de Mohámmad, Al-Mondzir y Abd-ul-Láh, la seguridad del imperio musulmico, declarándose á favor de los muldies acaudillados por Omár-ben-Hafsón en Bobastro, y siguiendo el ejemplo de otras muchas poblaciones y castillos murcianos; pero nada puede asegurarse con esperanzas de acierto, así como tampoco es dable ni lícita la afirmación de aquellos que hablando «de algunos reyezuelos musulmanes de Caravaca, posteriores al califato de Córdoba, citan á Zumael ben Amir, que hizo decapitar aquí á las cristianas Nunilona y Alodia» (1). Debe Caravaca su fama y su renombre, sin embargo, á la milagrosa aparición de la Santa Cruz, suceso que descuellan sobre cuantos pudieran registrarse en orden á la historia de aquella población, y que constituye timbre de gloria inmarcesible para ella, por más que no sea en manera alguna cumplidero fijar la fecha en

siguiendo á Faustino de Borbón en sus *Cartas á Masdeu* acerca de la historia arábiga de España, juzga con Romey que el supuesto lugar de *Carietucat Todmir* es Caravaca, infiriéndolo así «del Itinerario de Abi-Mohamad, citado por Faustino Borbón, que dice á la letra: «...á Hornillo, á Nerpío, á Carietucat Todmir, á Calasparra.» «Hay otro fundamento,—añade,—y es que el astrolabio de Ibrahim-ben-Saa'id (Toledo 1168) fija la latitud geográfica de Carietucat en 38° 30'; dato que difiere poco del verdadero» (pág. 16). Demás de que no es el testimonio de Borbón de los que merecen confianza, el astrolabio de Ibrahim-ben-Sa'id, que hoy se conserva en el *Museo Arqueológico Nacional*, sólo indica que servía para Sevilla, Málaga, Granada, Todmir y Cerdeña; véase cuanto en orden á este particular quedó ya consignado en la página 132 de este libro.

(1) Bas, citando á Gil de Zamora y Esteban de Salazar (*Hist. de Caravaca*, págs. 19 y 20), conocidos falsificadores ambos de la historia, á quienes siguieron de buena fe Mata y D. Agustín Marín de Espinosa en sus *Memorias para la historia de la Ciudad de Caravaca y del Aparecimiento de la Smz. Cruz*, escribiendo el último: «Según algunos autores, entre ellos el maestro Esteban de Salazar, monje cartujo, y Juan Egidio de Zamora, fué el primero de aquellos [reyes de Caravaca] Albohacen, hermano de Galafre el moro rey de Toledo; luego se siguió Aben-Rokmin, y después Zumael-ben-Amir, hombre intolerante y brutal y enemigo encarnizado del nombre cristiano, el cual hizo martirizar en esta ciudad á dos doncellas cristianas, hijas de mozárabes, llamadas Nunilona y Alodia» etc., (pág. 53.)

que tan singular prodigio se realizaba, con pasmo y admiración de las generaciones (1).

Cierto es que acerca de este sobrenatural suceso nada dicen los escritores árabes, y que los cristianos, á partir del siglo xvii, lo refieren con cúmulo tal de falsedades y de invenciones, que se hace por extremo difícil llegar con medios semejantes á conseguir el resultado apetecible, tanto más cuanto que el documento más autorizado, sobre ser mera copia de la relación primitiva, ó testimonio deducido en el año de 1480, despierta muy singulares recelos críticos, así por su contenido, como por su redacción y su ortografía, circunstancias unas y otras no para olvidadas. Atribuída la indicada relación á la xiii.^a centuria ó á los principios de la siguiente, demás de la copia de 1480, hacía-se en 1556 y 1723 otras dos, conservándose actualmente «los pergaminos de estas dos fechas» (2), y diciendo textualmente:

«Como en el tiempo del Rey Cid Abuceite, siendo á la sazón poderoso Rey, en Carauaca: tenía captiuo un clérigo de Missa, y un día acaeció quistion entre el Rey y el clérigo: de la ley de los Cristianos y de la secta de los moros, é sobre todo le preguntó el Rey, que le dixesse qué cosa era clérigo, ó por qué dezía Missa, y el clérigo respondió al Rey éle dixo: Señor debes saber que todo clérigo, que es ordenado de Missa, despues que es bestido con aquellas vestiduras Sagradas, y dize aquellas Santas palabras, que Jesucristo dijo por su boca el jueves de la cena: que deaquella Ostia, que alza, que haze Carne: y del Vino que está en el Cáliz, pura Sangre; y así hace el clérigo el Cuerpo de Dios puro eberdadero: y el Rey dijo, que no lo creía, mas que lo quería ber: y el clérigo di[jo Señor situ] hazes traer todos los Ornamentos que son menester, p[ara dezir Mi]ssa, yo haré que lo beas: y luego el Rey mandó al clérigo, que lo pusiese todo por memoria y Recepta, y el clérigo hizolo así, salbo la Cruz:

(1) Conforme á las conclusiones del Sr. D. Vicente de la Fuente «la aparición tuvo lugar en el castillo el día 3 de Mayo de 1232, según conjetura probable» (*Boletín de la Real Acad. de la Hist.* t. IX, pág. 331). Ignoramos y desconocemos las razones que para fundar semejante conjetura hayan servido de base al insigne canonista, nuestro antiguo maestro.

(2) «El texto va distribuido en cinco tiras, ocupando casi toda la primera el relato de la Aparición, llenándose las otras con noticias de milagros de épocas posteriores», la más antigua poco posterior á la muerte de don Juan I, y otra de 1474 (Bas, *La Santísima Cruz de Caravaca*, Játiva, 1887, pág. 3).